

Ruth Sosa

Lic. en Trabajo Social, Universidad Nacional de Rosario (UNR); Master en Sociología, Universidade Estadual de Campinas, Brasil (UNICAMP). Doctoranda en Historia; Facultad de Humanidades y Artes; UNR. Docente e Investigadora de la Escuela de Trabajo Social, Facultad de Ciencia Política y RRH y de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR.



El Trabajo Social y las Matrices Culturales: A propósito de los Movimientos Sociales

[Resumen]

El presente artículo intenta delinear algunas cuestiones generales en relación a las matrices culturales y el trabajo social y entabla una vinculación entre aspectos inherentes a una epistemología del trabajo social latinoamericano y las consecuencias prácticas, materializadas en el campo de intervención. Para este abordaje incorporamos el papel de los movimientos sociales en la sociedad argentina y latinoamericana y vislumbramos la forma cómo interpelan al conjunto de las profesiones sociales en un contexto pretendidamente «globalizador». Dicho contexto «globalizador» tiende a producir, como función ideológica, una neutralización de las tensiones existentes en el tejido social, y opera un efecto aparentemente homogeneizador, lo que acaba constituyendo una amenaza y una constante ofensiva a aquellas culturas dotadas de autonomía y que se resisten a entrar en la lógica que el capitalismo neoliberal pretende universalizar.

[Palabras claves]

Movimientos Sociales - Mundialización - Cultura - Proyecto Ético-político

1. Consideraciones preliminares

Resulta difícil pensar en un trabajo social autónomo y autodeterminado si no reconocemos y asumimos la heterogeneidad cultural de los sectores populares de América Latina que pone al desnudo una suerte de insuficiencia teórico-metodológica cuando pensamos, analizamos y reflexionamos nuestra realidad exclusivamente desde la óptica de las cosmovisiones eurocéntricas,

etnocéntricas y androcéntricas presentes en la teoría social dominante, tanto clásica como contemporánea.

El neocolonialismo de mercado trae aparejado una colonización de la cultura cuya función ideológica pretende apagar la heterogeneidad presente en nuestro suelo latinoamericano, simulando una homogeneidad ficticia funcional a los sectores dominantes.

La emergencia de nuevas expresiones, de nuevos movimientos sociales que reivindican la política como práctica que trasciende el mero partidismo; las distintas formas de organización y solidaridad presentes en Argentina y en América Latina, constituyen un perfecto analizador de «las otras ideas» que habitan en este suelo, induciéndonos a problematizar («nosotros y nosotras»), la teoría social y el trabajo social mismo. Apostamos a la construcción de una matriz autónoma de pensamiento popular y de un trabajo social latinoamericano capaz de asumir un posicionamiento sociopolítico; apuesta, que entendemos posible si optamos por ser orgánicos a los movimientos sociales presentes en nuestra realidad cotidiana. Entendemos esto como componente ineludible para el diseño de un proyecto ético-político de un trabajo social genuinamente latinoamericano.

Tales reflexiones emanan de mi práctica en relación a algunos movimientos sociales y de mi labor como docente e investigadora y también son producto de un Seminario que impartimos junto al compañero Prof. Oscar Lupori, sobre *Movimientos Sociales y Profesiones Sociales* en el quinto año de la carrera de trabajo social.

2. Eurocentrismo, Ciencias Sociales y Trabajo social: Del neocolonialismo de mercado a la recolonización de la cultura.

La *lógica cultural* (Jameson, 1996) que el capitalismo ha pretendido universalizar, a partir del hito emblemático configurado por la caída del llamado “socialismo real” y el dominio global de la economía de mercado ha cercenado, de forma contundente, la generación de teorías y metodologías de análisis alternativas al pensamiento único. En los debates políticos y en los diversos campos de las ciencias sociales, han sido problemática la formulación de alternativas teóricas y políticas a la primacía total del mercado, cuya defensa más sistemática ha sido postulada por la doctrina neoliberal. Esto nos conduce a pensar, junto con E. Lander (2003:11-40) que, más que una teoría económica, el neoliberalismo se instauró como un modelo civilizatorio, es decir, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna. El economicismo presente en este supuesto modelo civilizatorio opera una suerte de naturalización de las relaciones sociales, e induce a todo tipo de conformismo y resignación así como a una pasivización (la expresión es de A. Gramsci, 1962) del conjunto social en la dinámica de las correlaciones de fuerzas. Esta cuestión plantea consecuencias prácticas, debido a que se instala fuertemente una concepción según la cual nos encontramos hoy en un punto de llegada, *el fin de la historia, el fin de las ideologías, el fin de las utopías* cristalizado en un modelo civilizatorio «único», «globalizado», «universal», que tornaría innecesaria la política, dado que ya no habría alternativas societales

posibles. De modo que el neoliberalismo, como programa civilizatorio y cultural, parece estar despojado de tensiones y contradicciones; de tendencias y oposiciones de concepciones del mundo y de la vida, que tienen una larga historia en la sociedad occidental. Esto posibilita, al neoliberalismo, constituirse en el sentido común de la sociedad moderna. La sociedad liberal industrial se constituye -desde esta perspectiva- no sólo en el orden social deseable, sino en el único posible. Esta idea está íntimamente ligada a las teorías de la globalización que, revestidas de un fuerte componente ideológico, refuerzan la inhibición de los sujetos sociales para actuar en la historia; para redefinir su curso mediante la acción colectiva.

Sin embargo, a pesar del fuerte postulado economicista, que pretende universalizar los valores emanados de la sociedad global capitalista, se han generado nuevas antítesis acordes a los tiempos que corren. Los problemas planteados por la coyuntura mundial, que se expresan cotidianamente en el espacio de lo local y lo nacional albergan fuertes desafíos para pensar y actuar en consecuencia, respecto a qué proyecto de nación apostamos para poder tornar nuestras sociedades pasibles de ser vividas con amplios criterios de democracia y de ciudadanía. Si durante el modelo que defendía la soberanía del Estado-Nación se pensaba en criterios de ciudadanía con plena vigencia en un contexto geográfico y territorial determinado, en la contemporaneidad, el proceso de desterritorialización también alcanza la ampliación espacial de los derechos ciudadanos.

Se trata de articular las nuevas escalas de acción de los movimientos sociales en consonancia de las nuevas estructuras nacionales y geopolíticas. Como apunta E. Jelin (2003), las transformaciones más recientes delineadas por la globalización y la apertura económica de cuño neoliberal, por los avatares políticos de democracias frágiles en los países subalternos, por la violencia social y la exclusión dan lugar a nuevos cambios, a formas aún más diversificadas y heterogéneas, a sentidos múltiples, a actores que organizan sus estrategias en una simultaneidad de niveles y escalas, desde lo más local, lo más nacional, hasta lo más global o mundial; lo más transnacional .

En esta línea, es innegable la emergencia de alternativas populares surgidas a partir de la organización de los sectores subalternos que no están «globalizados» por la lógica del capital; sino que han resignificado su sentido dotándolo de una racionalidad emancipada del economicismo y del primado mercantil (Cf. Alonso, 1996). Las experiencias de las movilizaciones globales en Seattle, Praga, Génova, el Movimiento Zapatista en México, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, el Foro Social Mundial contestando al Foro Económico Mundial que anualmente se celebra en Davos, son una clara expresión de la resistencia a la globalización impuesta por la racionalidad capitalista. Estos sujetos colectivos subalternos en movimiento, cuestionan y plantean alternativas al intentar constituir un proceso cuya forma de sociabilidad implique, (resistiendo a la globalización neoliberal) un modelo de sociedad, en la cual el criterio de mundialización sea estructurado a partir de una racionalidad libertaria y emancipada de los cánones del economicismo.

En defensa de la vida, de la soberanía de las naciones hoy subalternas en el globo, en pos de una justa distribución de la riqueza socialmente producida, y en miras a una integración alternativa y solidaria de los pueblos, se plantea, desde las sociedades latinoamericanas, «no» a la incorporación de estas

naciones en un Área de Libre Comercio de las Américas (NO AL ALCA)¹. De forma análoga, como contrapartida a la globalización del mercado y a la mundialización del capital y de la cultura política neoliberal, surgen organismos que denuncian y anuncian criterios a partir de los cuales se plantean que otra mundialización es posible a través de un movimiento internacional que se coloca como horizonte el control democrático de los mercados financieros y sus instituciones. Tal es el horizonte de ATTAC² (Asociación para la Tasación de las Transacciones Financieras y Ayuda a los Ciudadanos), un organismo que se propone democratizar los recursos del mercado mediante mecanismos redistributivos de alcance e impacto mundial.

La confluencia de diversos movimientos sociales en el Foro Social Mundial que se viene realizando desde 1999, en disidencia con la hegemonía neoliberal que se diseña anualmente en Davos, configura también otra contracara de la

1 El ALCA se propone reproducir las normas que desde 1993 rigen las relaciones económicas de Estados Unidos con Canadá y México en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA). El tratado pretende ignorar las soberanías nacionales al estipular un arbitraje privado para dirimir eventuales conflictos entre inversores extranjeros y gobiernos, estableciendo que cualquier decisión de un país que afecte los beneficios potenciales de una empresa se considera equivalente a una expropiación. En consecuencia, todo parece indicar que, ante la emergencia de cualquier situación problemática, los arbitrajes internacionales resolverían a favor de las naciones hegemónicas y en detrimento de los países subalternos. Esta voluntad de incorporar al ALCA en nuestras sociedades, se ha materializado en las estrategias que Estados Unidos viene diseñando al realizar desde los años noventa tratados bilaterales con Chile, Argentina, Uruguay con la intención de aislar a Brasil, cabeza de la resistencia y del MERCOSUR. En este sentido, la direccionalidad política y económica de los gobiernos de Menem y De La Rúa, influenciados por las recomendaciones del entonces Ministro Cavallo, favorecieron estas políticas sabotando el MERCOSUR. Esta actitud ha provocado una desestabilización económica al debilitar profundamente una posible estrategia capaz de conformar una integración regional autónoma que pueda hacer frente a los mega-mercados que nos imponen las actuales formas asumidas por el colonialismo.

² ATTAC se origina en 1997, en virtud de una iniciativa de una editorial de *Le Monde Diplomatique* denominada *Desarmar los mercados* cuyo director era el sociólogo Ignacio Ramonet. Este organismo se fundó oficialmente en Francia en junio de 1998 por iniciativa conjunta de órganos de prensa, sindicatos, asociaciones y personalidades. En diciembre de 2004, ATTAC convocó a una reunión internacional en Suiza, donde estuvieron representados diez países de África, América Latina, Asia y Europa, así como representantes de redes y de organizaciones sociales. En dicho evento, los integrantes se plantearon como objetivos, el lanzamiento del Movimiento Internacional ATTAC donde se labró una plataforma que planteaba, fundamentalmente, la recuperación de la propuesta del premio Nobel de Economía James Tobin, de tasar las transacciones especulativas en los mercados de divisas: «Aún fijando un impuesto relativamente bajo de 0,1%, la Tasa Tobin aportaría cerca de 100.000 millones de dólares anuales. Esta tasa sería recaudada, esencialmente, por los países industrializados, donde se localizan los grandes centros financieros, y su importe podría utilizarse para acciones de lucha contra las desigualdades, para la educación y la salud en los países pobres, para la seguridad alimentaria y el desarrollo durable. Un dispositivo de esta naturaleza, que se inscribe en una perspectiva claramente anti-especulativa, enriquecería las lógicas de resistencia, daría nuevo margen de maniobra a los/las ciudadanos/as y a los Estados, y sobre todo significaría una vuelta al dominio de la política». Teniendo como centro esta estrategia, quienes integran inicialmente este movimiento se propusieron un conjunto de acciones concretas tendientes a efectivizar esta política económica planetaria, tales como: poner trabas a la especulación internacional; tasar los ingresos del capital; sancionar los paraísos fiscales; impedir la generalización de los fondos de pensión; promover la transparencia de las inversiones en los países dependientes; establecer un marco legal para las operaciones bancarias y financieras a fin de no penalizar todavía más a los consumidores y a los ciudadanos/as, teniendo en cuenta que los empleados de las instituciones bancarias pueden jugar un papel importante en el control de estas operaciones; apoyar la reivindicación de la anulación general de la deuda pública de los países dependientes y la utilización de recursos liberados a favor de los pueblos y del desarrollo sustentable, que es lo que muchos llaman el pago de la «deuda social y ecológica». ATTAC se constituye en forma de red y nuclea diversos movimientos sociales contra-hegemónicos. Así se configura un movimiento en miras a generar nuevos instrumentos de regulación y control a nivel nacional e internacional. La mundialización que propone este gran movimiento social es aquella inspirada en mecanismos responsables de redistribución de la riqueza socialmente producida (Informe del Encuentro Internacional de ATTAC en París, 1999/2000:22-26).

globalización del capital. La proclama *otro mundo es posible* va resignificando las prácticas de los movimientos sociales reivindicando una cultura política cimentada en una racionalidad con principios solidarios y una democratización de los recursos socialmente producidos en el actual contexto de crisis orgánica del capitalismo. El espanto del pasado reciente, estructurado alrededor de la política neoliberal noventista –que dejó como secuela un alarmante índice de pobreza, desempleo, endeudamiento externo y enajenación de nuestras riquezas y recursos naturales– hizo que América Latina inaugure una nueva fase en el diseño de sus formas de gobierno. El ensayo que vienen realizando las democracias sudamericanas³, basadas en voluntades políticas volcadas hacia un neo-populismo –o hacia una nueva centro-izquierda– indica que un momento diferente viene para nuestros pueblos.

En este sentido, a pesar de que el discurso ideológico de la globalización enfatice la homogeneización económica y cultural, acordamos con O. Ianni (1992; 1999), cuando plantea que la globalización no apaga ni las desigualdades ni las contradicciones que constituyen una parte importante del tejido de la vida social nacional y mundial. Las mismas condiciones, que alimentan la interdependencia y la integración, alimentan las desigualdades y contradicciones, en los diferentes ámbitos: local, regional, nacional, continental, global.

Es sugerente B. Souza Santos (2002:47), al advertir que «la cultura es, por definición, un proceso social construido sobre la intersección entre lo universal y lo particular». O como resalta I. Wallerstein, «definir una cultura es una cuestión de definir fronteras» (Souza Santos, 2002: 47), de modo que lo cultural involucra el campo de las diferencias, de la autonomía y, en este sentido, implica la lucha contra la uniformidad. Sin embargo, el neocolonialismo de mercado trae aparejado una colonización de la cultura cuya función ideológica pretende apagar la heterogeneidad presente en nuestro suelo latinoamericano, y simula una homogeneidad ficticia funcional a los sectores dominantes. Así «mundialización» y «cultura» se encuentran en recurrente tensión. Como indica A. Colombres (2004), el término «cultura» en vez de ser sinónimo de pluralismo, de respeto a la identidad del otro, se aferra al uso de la diferencia para legitimar una dominación.

A. Argumedo (1993:18-26; 82-92; 135-145) señala que un elemento crucial en lo atinente a la cultura y el conocimiento es la constatación de que las cosmovisiones, los imaginarios y las narrativas son diversas según la sociedad en la que se referencie y cristalizan mayores o menores márgenes de heterogeneidad y conflicto. Esta conflictividad atraviesa ineludiblemente los conceptos acerca de lo que es considerado el conocimiento válido, científico, legitimado. Penetra en los contenidos mismos del conocimiento, en sus formas de concebir el aprendizaje, la producción y la transmisión de los saberes, así

³ Michelle Bachelet, primera mujer presidente en la historia de Chile y Evo Morales, el dirigente cocalero y primer líder aymará en llegar a la presidencia en Bolivia, son dos expresiones paradigmáticas de lo novedoso de las democracias sudamericanas. Estas dos experiencias nos ilustran no sólo las confluencias de proyecto sino también las divergencias regionales existentes en el suelo latinoamericano. En esta diversidad, también se halla la emblemática Venezuela con su proyecto bolivariano; que, junto con Chile y Bolivia no reniegan del término «socialismo». Y, con otras connotaciones vienen transitando experiencias ligeramente a la izquierda del neoliberalismo, gobiernos autodenominados de «centro-izquierda». Tal es el caso de: Brasil, Argentina y Uruguay. Cf. «América Latina: nueva izquierda y viejas diferencias». En suplemento *Zona*, *Diario Clarín*, 22/01/06.

como en las definiciones básicas acerca de aquello que es considerado verdaderamente humano, de las relaciones de los seres humanos entre sí y con la naturaleza. La temática de la cultura y las diversas dimensiones y formas del conocimiento –incluido el conocimiento científico en sus distintas disciplinas– adquieren en América Latina ciertas peculiaridades, que otorgan una especial complejidad a las relaciones entre los saberes oficializados y los sojuzgados; entre las ideas de sus clases dominantes, signadas por una fuerte impronta occidental y las «otras ideas» que se han ido procesando a lo largo de su historia, conformando una particular matriz de pensamiento de corte popular.

En la perspectiva de América Latina –arguye A. Argumedo– es preciso sustentar una mirada crítica sobre las grandes corrientes del pensamiento occidental que inundan nuestras escuelas y universidades, haciendo emerger aquellas dimensiones recurrentemente veladas, en las cuales se revela la continuidad de esa convicción acerca de que en este mundo hay seres verdaderamente humanos y otros menos que humanos. Porque sólo esa mirada posibilitará incorporar crítica y creativamente los indudables aportes del mundo occidental, sin que ello signifique absorber al mismo tiempo las visiones que afirman la inferioridad de una gran mayoría de los seres humanos que habitan esta parte del mundo (Argumedo, 1993; 2004).

Constatamos así, en el campo académico, saberes oficializados y saberes sojuzgados lo que nos remite a pensar en saberes anclados en relaciones de poder entabladas entre sectores dominantes y dominados; entre clases dominantes y capas subalternas; entre intelectuales y pueblo; entre género masculino y género femenino. Según la filósofa feminista D. Maffia (2004:209), esto es posible evidenciarlo en el orden discursivo utilizado por el conjunto de las Ciencias Sociales, en el cual, el lenguaje, lejos de tener una vida propia, «responde al designio del artesano que la utiliza» y en este sentido, esta cuestión es válida para entender el carácter androcéntrico y patriarcal que aun albergan el conjunto de las ciencias sociales y su interpretación sobre la cultura⁴, lo que nos remite a pensar, desde este ángulo, la relación entre conocimiento y poder y, entre conocimiento e interés.

Desde el campo del trabajo social también es posible constatar una suerte de dualismo entre saberes y prácticas oficializadas, y saberes y praxis sojuzgadas y segregadas a un campo subalterno del estatus profesional. De manera que nuestra formación profesional reproduce en forma predominante el viejo estigma de *civilización o barbarie*. Tal como señala Martín Gallo (2004:22) en su bello ensayo, «desde las vertientes profesionalistas-liberales hasta las corrientes marxistas ortodoxas, toda expresión popular es obra de la enajenación del pueblo. Su religiosidad, su adhesión a líderes populares, su noción de trabajo como dignidad, su participación en los movimientos de masas, sus costumbres y tradiciones merecen el desprecio y la desaprobación de la cátedra y de los intelectuales de moda. Según esta visión elitista, la verdad está en otra parte: reposa en sus teorías y doctrinas que se obstinan en negar la cultura y la historia de los pueblos latinoamericanos. No es casual que los pensadores ligados a los movimientos populares queden excluidos del debate universitario.

⁴ «Cuantas más mujeres hagamos ciencia, más posibilidades tendremos de instalar nuestras propias metáforas. Indagando nuestro propio género, procurando develar nuestra relación con el mundo y con otras mentes, y, sobre todo, tratando de expresarla, haremos valer nuestra experiencia y el respeto por nuestra diferencia será también el respeto por la naturaleza» (Maffia, 2004:210).

José Martí, José Carlos Mariátegui, Haya de la Torre, Manuel Ugarte, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, Simón Rodríguez, José Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Raúl Scalabrini Ortiz son ignorados en nuestros círculos de formación. Es lógica, entonces, la dificultad de pensar al Trabajo Social cuando las herramientas teóricas que utilizamos encubren y deforman los reales procesos socio-históricos de los que emerge nuestra profesión». Así, advertimos la imbricación existente entre métodos de abordajes, teorías y concepciones del mundo y de la vida. Constatar tal interpenetración nos induce a pensar la orientación socio-política que impregna nuestras prácticas docentes, militantes y profesionales. Aquí se cristaliza esa «epistemología» que connota el componente ético-político latente e ineludible en toda práctica social.

3. El Trabajo Social y los Movimientos Sociales

De acuerdo con el mandato socio-histórico de la profesión parece que trabajadoras y trabajadores sociales han estado más identificados con la institución (y con lo instituido) que con los movimientos sociales (que operan en el terreno dinámico de lo instituyente). La idea de «movimiento» parece combinar cada vez menos si consideramos las prácticas dominantes del trabajo social al interior de las «políticas sociales» de carácter compensatoria y focalizadoras con que el neoliberalismo ha venido disciplinando no sólo a trabajadores sociales –que son trabajadores y trabajadoras asalariados– sino también a la población que se constituye en el “objeto de intervención” de las profesiones sociales.

Entendemos a los movimientos sociales en términos de «acciones colectivas con alta participación de base, que utilizan canales no institucionalizados y que, al mismo tiempo que van elaborando sus demandas, van encontrando formas de acción para expresarlas y se van constituyendo en sujetos colectivos, es decir, reconociéndose como grupo o categoría social» (Jelin, 1995:14-15). Los múltiples movimientos sociales se expresan, de manera contundente, en las acciones colectivas que sectores subalternos ensayan al poner en evidencia, que *otro mundo es posible*; que otro tipo de sociedad y de racionalidad es posible de construcción si se ensayan nuevas relaciones de poder, basadas en la voluntad colectiva. Asimismo consideramos a los movimientos sociales como un campo amplio, en el cual se ponen en juego diversas concepciones del mundo y de la vida; estrategias metodológicas a veces disímiles, lo que configura un campo de tensión más allá de que existen criterios alrededor del cual poder lograr una identidad colectiva. Esta tensión entre identidad y heterogeneidad caracteriza el campo complejo y problemático de los movimientos sociales⁵.

⁵ Cabe destacar que es posible identificar movimientos sociales que tienen una adscripción étnica, de género, clasista, étnica, con diversos intereses sectoriales. Concomitantemente, existen movimientos (sociales) populares; movimientos nacionales populares; movimientos anti-globalización, entre otros. Todos ellos tienen en común que albergan una ética de la resistencia y operan en el terreno de lo instituyente mediante canales no institucionalizados en vistas a generar nuevos instituidos. Esta distinción diáctico-metodológica induce a no confundir los movimientos sociales o determinadas organizaciones de la sociedad civil que albergan un fuerte carácter «movimentista», con el ambiguo campo identificado como «Tercer Sector» que propone respuestas cosméticas a los grandes y complejos problemas de la sociedad.

Referenciar el trabajo social en estos niveles parece inscribirse en otro posicionamiento socio-político y en otro campo epistemológico en tanto plantea una extrapolación del juego socio-político de la funcionalidad y el adaptacionismo hacia la actitud de asumir que con la idea de movimiento y de movilización es posible cambiar, aunque de forma paulatina, dimensiones fundamentales de la sociedad, tanto del campo de la estructura económica como del universo de la superestructura político-cultural.

Al plantear el potencial de los movimientos sociales en Argentina y en América Latina, estamos apostando a la existencia de identidades colectivas que contestan el nuevo sentido común que el neoliberalismo ha instalado. El mismo, revestido de un nuevo conformismo y resignación -presente en las proclamas acerca del «fin de la historia», «el fin del trabajo», el «fin de las utopías»- opera en una suerte de homogeneización del pensamiento y de la praxis política.

A pesar de que el capitalismo en la contemporaneidad parece dominar todo el Planeta así como los corazones y mentes de hombres y mujeres, es posible constatar que aún siguen resistiendo sujetos constituidos a partir de diferentes referentes y anclajes socio-culturales que luchan incesantemente para que *otro mundo sea posible*. Al hablar de «sujetos» hacemos referencia a aquellos sectores dotados de una identidad crítica, de ciudadanía y organización, que ejercen un papel importante en la sociedad civil así como en la interlocución con el Estado y que son capaces de entablar alianzas con otras fuerzas sociales de resistencia en dirección a una sociedad emancipada de la lógica que el capital pretende universalizar y homogeneizar.

En este sentido, nos resulta relevante hacer referencia a los nuevos sujetos colectivos que se identifican a partir de los diferentes movimientos sociales, los cuales pueden ser definidos como colectividades a través de las cuales sus miembros pretenden defender intereses y expresar sus voluntades, constituyéndose en esas luchas. De este modo, la constitución de los sujetos como colectivo implica una actitud de resistencia en sus múltiples formas, a través de un proceso de organización y de lucha entre concepciones del mundo y de la vida.

Desde nuestro ser latinoamericano, y desde nuestra *América Profunda* (la expresión es de Kush, 1975) nos resulta insuficiente abordar como metodología de análisis la contradicción «burguesía-proletariado», lo que no equivale a decir que la teoría y la metodología del materialismo histórico y del materialismo dialéctico ya no sirvan; mientras haya contradicciones de clase y conflictos sociales esta teoría mantiene plena vigencia. No obstante, a la luz de los procesos políticos, históricos, económicos y culturales que vivimos desde el suelo latinoamericano tenemos el desafío de actualizarla y resignificarla en relación a aquello que nos identifica como pueblo. Hoy es posible constatar una actualización de las contradicciones sociales presente en la ampliación de las clases subalternas (Cf. Dalton; Kuechler y Bürklin, 1992; Melucci, 1994; Tarrow, 1997; Vakaloulis, 2000). Al hablar en términos de «clases subalternas» queremos dotar de mayor amplitud el alcance de los conflictos sociales contemporáneos. Tal amplitud supone una perspectiva latinoamericana de los sujetos colectivos que no pueden ser reductibles a los vicios de una visión eurocéntrica.

Con lo precedente queremos señalar que los diversos componentes culturales, en cuanto aspectos que definen la cultura como «subjetividad»,

conforman elementos de identidad social intrínsecos al ser humano. Cualquier análisis y propuesta teórico-metodológica del cambio social, cuyo horizonte utópico es una sociedad libre de la lógica mercantilizadora del capitalismo, tiene que pasar por tener en cuenta el sentido de la *alteridad*. Como reiteradamente sugiere A. Argumedo (1993; 2001; 2004), en tanto *ser social identificado*, el ser humano se desarrolla dentro de un *nosotros social*, en el seno de grupos de solidaridad y adscripción que lo diferencian de *otros sociales*, con los cuales pueden establecerse distintas relaciones dentro de los marcos polares de la cooperación y el antagonismo. Es vital, para una efectiva democratización de la vida, la aceptación de la multiplicidad cultural como esencia de lo humano y el reconocimiento de la dignidad de las más diversas identidades sociales y culturales que signan nuestra realidad latinoamericana. Lo «universal» precisa retirarse del lugar de legitimación que niega y subordina la condición del «otro»/«otra» «diferente» y ser resignificado a partir del reconocimiento de la diversidad cultural de los seres humanos. Una democratización de la vida social como totalidad pasa, necesariamente, por una efectiva democratización de las condiciones materiales tales como la salud, la educación, la vivienda, la distribución de la riqueza, el trabajo, entre otras cosas.

En esta línea, es estratégico el papel del trabajo social que, asumiendo la existencia de los movimientos sociales y sus lógicas de construcción sociopolítica puedan contribuir a reconquistar el espíritu utópico latente. Con este horizonte, las clases subalternas en cuanto sujetos pasibles de constituirse políticamente, hoy pueden ser identificadas con:

- Mujeres y hombres que se organizan barrialmente en torno a las estrategias de sobrevivencia, como es posible verificarlo a partir de las vecinales, centros comunitarios, centros de salud, guarderías comunitarias.

- Hombres y mujeres trabajadores rurales que siguen luchando por una reforma agraria traducida en una justa distribución de las tierras (tal es el caso del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra en Brasil; el Movimiento de Chiapas, en México, así como múltiples manifestaciones en los diferentes rincones de nuestra región).

- Mujeres y hombres que en la contemporaneidad se tornaron “población sobrante y superflua” (Tosel, 1995) tras haber quedado excluidos del mercado formal de trabajo, producto de la reestructuración productiva y de la ofensiva neoliberal.

- Piqueteros y piqueteras que contestan a las teorías eurocentristas *del fin de la centralidad del trabajo* al plantearse alternativas en función de dicha centralidad.

- Trabajadores y trabajadoras que hoy están en la categoría de subempleados, trabajadores informales, tercerizados, en fin, trabajadores y trabajadoras flexibilizados en todos sus aspectos y que han perdido los derechos tradicionalmente vinculados al trabajo y luchan incesantemente por reconquistarlos.

- Trabajadores y trabajadoras que resisten y autogestionan las empresas y fábricas que han recuperado; hombres y mujeres que trabajan en las múltiples esferas de la economía social y solidaria.

- Chicos y chicas del pueblo que se movilizan para que sus derechos sean reconocidos y efectivizados y así luchan por una infancia digna de ser vivida.

- Hombres y mujeres movilizados por reivindicaciones étnicas que ponen en cuestión la «cultura universal» cuya función ideológica homogeneizadora se plantea negar el derecho y el respeto a las diferencias y a la diversidad.

- Mujeres y hombres en movimiento que luchan por la igualdad de oportunidades y por relaciones simétricas entre el género masculino y el género femenino.

- Hombres y mujeres movilizados en la defensa por los Derechos Humanos.

- Mujeres y hombres movilizados por reivindicaciones concernientes a la problemática de la Tercera Edad.

- Hombres y mujeres que, procurando trascender el capitalismo como sistema que tiende indefectiblemente a la destrucción de la naturaleza, se constituyen como grupos ecologistas, defensores del medio ambiente.

- Mujeres y hombres movilizados en la defensa de la Educación Pública. Podríamos aun agregar más sujetos constituidos en torno a diversas identidades, dado que son múltiples los grupos conformados por hombres y mujeres articulados en torno a las diferentes cuestiones sociales, que expresan reivindicaciones sectoriales.

Es necesario tener en cuenta que solo a los fines didáctico-metodológico, hemos «clasificado» estas identidades colectivas ya que la complejidad presente en la realidad hace que muchas veces estos sujetos colectivos no aparezcan «sectorizados» ni «fragmentados», sino que cada sujeto y/o grupo puede estar identificado y movilizado, simultáneamente, con más de una problemática o reivindicaciones antepuestas. Por ejemplo, cuando un grupo de mujeres pobres, de raza negra o indígena, lucha por reivindicaciones laborales. Aquí se entrecruzan reivindicaciones de género, de clase y de etnia.

Todos estos sectores, muchos de ellos pertenecientes al campo popular, conforman lo que de acuerdo a A. Gramsci (1962) serían las clases subalternas. Aquellas clases que precisan unificarse y construir un bloque histórico, a través de su organización, para afirmar, en forma crítica, su autonomía política. Entendemos que para que las clases subalternas se constituyan en sujetos políticos, deben ser, ante todo, clases negadoras del capitalismo y de su lógica destructiva. Es decir, combatientes del sentido común que reifica y domina; y portadoras de un «buen sentido» liberador y posibilitador de una vida emancipada para las mayorías subalternas. Clases que, en su condición de subalternas, acepten el desafío de articularse en torno a un proyecto común con capacidad de sortear los obstáculos que emanen, indefectiblemente, de las tensiones existentes al interior de ellas.

Estos movimientos sociales, encarnados por las clases subalternas, constituyen la clara expresión de los variados problemas, identidades, significaciones culturales e inscripciones tanto materiales como simbólicas, que afloran en las sociedades complejas y que, debido a sus particularidades, indican determinados núcleos problemáticos que deben ser incorporados en el diseño de nuevos modelos de democracia en las sociedades contemporáneas. Hablar en términos de «nuevos modelos de democracia» supone afrontar el desafío de aceptar la heterogeneidad, la diversidad, la multiplicidad de identidades y subjetividades, de lenguas y expresiones culturales, en fin, implica la inconmensurable creatividad de lo diferente.

Una cuestión parece no estar clara: mientras no se democratizen - radicalmente- los diversos espacios «vitales» de la vida, esto es, la salud, la

vivienda, los ingresos, la educación, la distribución de la riqueza, el bienestar general, las comunicaciones, la información, la seguridad social, los medios de comunicación, el trabajo, es imposible crear las condiciones para una sociedad efectivamente igualitaria y respetuosa de las diferencias.

El papel del trabajo social es estratégico siempre que haya un posicionamiento sociopolítico orgánico a los intereses de las mayorías subalternas. El papel estratégico dota de un sentido políticamente consciente a las relaciones entabladas entre el trabajador/trabajadora social y los movimientos sociales. Asimismo, en tanto opción ético-política, puede posibilitar la utilización y orientación de programas y políticas sociales para procesos de liberación y de autonomía de los grupos subalternos, y dotarlos de una dirección «intelectual y moral» (Gramsci, 1982). Esto implica apostar a modelos de desempeño profesional alternativos al «norteamericocéntrico» que postula el control social y, por ende, la contención de sectores subalternos que demandan reivindicaciones y derechos al Estado. No olvidemos, al respecto, que aún el Estado tiene adjudicada la ineludible responsabilidad en la atribución y garantía de derechos sociales.

4. Hacia un proyecto ético-político de un Trabajo Social genuinamente latinoamericano

Apostamos a la construcción de una matriz autónoma de pensamiento popular y de un trabajo social latinoamericano capaz de asumir un posicionamiento sociopolítico y entendemos que es posible este camino si optamos por ser orgánicos a los movimientos sociales presentes en nuestra realidad cotidiana. Asumir estos movimientos sociales, implica aceptarlos como sujetos/actores sociopolíticos que se movilizan, se organizan, denuncian, exigen, proponen; actores que además nos demandan a nosotros en tanto intelectuales que trabajamos en lo social para que los tengamos en cuenta en nuestras prácticas sociales y profesionales (Lupori y Sosa, 2004). Implica además, asumir un trabajo social que respete la diversidad y la heterogeneidad cultural, presente en la amplia gama de las capas subalternas.

Somos profesionales que realizamos una praxis socio-política, aunque nos resulte peyorativo utilizar la palabra política. Desde nuestro punto de vista, entendemos que estos componentes son fundantes para el diseño de un proyecto ético-político del trabajo social Latinoamericano. Un *trabajo social que respete la heterogeneidad y la diversidad cultural* plantea el desafío de cuestionar la lógica interventiva institucionalizada que es dominante en el ejercicio profesional, y que fuera heredada acríticamente desde los parámetros de una tradición que es foránea a la configuración de criterios de desempeño profesional genuinamente latinoamericanos. Adscribir a una matriz socio-cultural que incorpore el conjunto de las culturas y que a la vez trascienda las particularidades concretas de cada una de ellas, involucra interventores e interventoras en lo social con capacidad de «*injertar lo propio en el mundo y la diversidad del mundo en lo propio*» (Colombres, 2004:249), lo que induce, indefectiblemente, a operar de forma efectiva sobre la realidad sin la necesidad de caer en procesos de dominación ni tornarse cómplice de implementar viejas estrategias de intervención que hoy se actualizan de la mano de la recolonización neoliberal.

Por otra parte, teniendo en cuenta que como profesionales nos formamos en instituciones universitarias es ineludible pensar la universidad y la sociedad como instancias indisociables. Aquí entra en juego nuestra formación profesional y la utilización del recurso estratégico del conocimiento. De modo que se torna imprescindible una opción y revisión permanente acerca de a quién somos orgánicos/orgánicas en nuestra praxis cotidiana, en tanto intelectuales que intervenimos directamente en lo social (Cf. Gramsci, 1982; Argumedo, 2004).

Las actuales recomendaciones desde los organismos multilaterales y de la intelectualidad orgánica ligada a ellos plantean una deliberada tendencia hacia la elitización, hacia la generación de una intelectualidad de “expertos” lo cual implica -en el contexto de la acumulación flexible- una *taylorización* de la educación. De manera que tal directriz induce a que la universidad genere conocimientos técnicos-instrumentales ligados a la inmediatez y despojados de todo criterio integrador y universalista; vale decir, divorciado de todo criterio político y crítico. Esta *taylorización* del conocimiento, como producto de su fragmentación, se cristaliza en la carencia de reflexiones abarcadoras y complejas cuya tendencia indica una especialización creciente y la producción masiva de expertos altamente capacitados en problemas puntuales, pero incapaces de elaborar miradas integrales.

Hoy desde el trabajo social a nivel nacional se plantea la necesidad de elaborar una *currícula básica*: el desafío aquí es contrarrestar la lógica homogeneizadora que pretenden bajar los organismos multilaterales en materia de Educación Superior y centrar el esfuerzo en establecer acuerdos mínimos teórico-metodológicos en pos de revestir al trabajo social de una identidad apropiada a los tiempos que corren. De modo que es ineludible respetar los anclajes regionales y las identidades culturales; es decir, aquello que, de acuerdo con Rodolfo Kush supone ese «modo de domiciliarse en el mundo». Esto implica indefectiblemente apostar a un trabajo social autodeterminado, con identidad, con autonomía, reconociendo límites y posibilidades de maniobra.

Un elemento que no debemos subestimar, que tiende a limitar la autonomía y autodeterminación profesional, lo constituye el atravesamiento de la condición salarial. Las condiciones de trabajo, típicas de un empleo asalariado, cercenan al menos parcialmente la autonomía profesional. Sin embargo, existen diferentes márgenes de maniobra en las instituciones y organizaciones en las cuales se trabaja que han mostrado capacidad de potenciar prácticas orgánicas al proyecto del campo popular.

En relación a estas condiciones «objetivas» de trabajadores y trabajadoras sociales, se plantea la necesidad de construir o reafirmar la identidad profesional. Identidad que supone el atravesamiento de un proyecto ético político. Tal desafío se estructura en torno a dirimir entre concepciones que, en ciertos momentos e instancias, aparecen como contrapuestas, planteándose una disyuntiva. Tal disyuntiva parece configurarse en la existencia de un amplio espectro de concepciones del mundo y de la vida en torno al trabajo social, que transitan desde cosmovisiones que enfatizan un anclaje *profesionalista* –con lo cual se emprenden múltiples esfuerzos por elevar el estatus de la profesión; pasando por una concepción en la que se asume la condición de trabajador/trabajadora *asalariado/a*, lo que ubica a la profesión en una condición de subalternidad que les es inherente e ineludible -pero que, a nuestro entender, no implica que no tenga autodeterminación-; hasta la concepción de un trabajo social *militante*, que plantea una entrega casi

incondicional y una consagración a la causa popular. Estas tres tendencias en los modelos de desempeño de trabajo social, que venimos identificando (*profesionalista, asalariado/a y militante*), de manera recurrente ha sido reductible a una sola dimensión sin considerar la necesidad de una identidad que se nutra de todas estas vertientes teniendo en cuenta que según el énfasis que se ponga a cada una de estas dimensiones resulta un determinado perfil de trabajo social.

La experiencia en trabajo social nos ha demostrado que ni todos los ámbitos públicos-estatales son reaccionarios ni en todos los supuestos espacios que se denominan progresistas de la sociedad civil son efectivamente posibilitadores de proyectos populares. Los movimientos sociales y la acción colectiva se dinamizan en esta tensión. Las prácticas instituyentes se desarrollan en este conflicto. De modo que asumir la acción de los movimientos sociales no necesariamente excluye el ejercicio en las tradicionales instituciones donde predominantemente se desenvuelve el trabajo social. Esta perspectiva desmitificadora nos permite hallar grietas en los espacios laborales aunque por veces sean soslayadas. Esto supone reflexionar cotidianamente a quién somos orgánicos cuando desempeñamos nuestro trabajo social.

Aun quedan resabios de una subjetividad profesional obsecuente, policíaca, acrítica y acomodaticia, y se encuentran muy presentes, incluso, en el imaginario social. En Argentina, no somos un colectivo cuya racionalidad implique un ejercicio liberal de la profesión. Y en la mayoría de los espacios laborales ocurre que trabajadores y trabajadoras sociales operan en el plano de la estructura, con recursos materiales al límite de la subsistencia humana. Sin embargo, es posible construir una subjetividad profesional como colectivo apostando a una efectiva autonomía apelando a ese saber-hacer. Si reconocemos esta intrínseca identidad en tanto trabajadores/trabajadoras asalariados que pertenece a un colectivo existen recursos institucionales capaces de contribuir en este sentido: el colegio de profesionales puede ser un espacio desde el cual se puede construir una subjetividad profesional con una nueva racionalidad. Los contenidos de esta nueva racionalidad deben contemplar valores éticos y solidarios capaces de garantizar el ejercicio efectivo de los derechos al conjunto de la población con quienes trabajamos y de la cual formamos parte. Esto implica una tarea educativa y de formación para pensar desde qué lugar construimos colectivamente nuestra subjetividad profesional. Es competencia del colegio de profesionales garantizar la autodeterminación de trabajadores y trabajadoras sociales dentro de un marco ético que sea, justamente, el efectivo ejercicio de tales derechos sin cercenar la dignidad humana de los profesionales en tanto asalariados. Otro recurso, es el gremio o sindicato de referencia del ejercicio laboral vigente. La condición de asalariados tiene como corolario la conquista de un conjunto de derechos en tanto trabajadores; derechos que se fueron perdiendo debido al debilitamiento y disciplinamiento de los colectivos en torno a la actividad laboral. Los procesos de flexibilización laboral que, en nuestras naciones latinoamericanas se homologaron a mecanismos flagrantes de precarización han disciplinado de forma contundente a los colectivos de trabajo, al punto de limitarles los horizontes de lucha y reivindicaciones. Esto generó un neo-conformismo y debilitó las utopías contenidas en los proyectos de los seres humanos en movimiento. La utilización estratégica de estos recursos puede potenciar la búsqueda de una identidad capaz de posicionarse de forma autónoma. Esto no supone

homogeneizar sino respetar las diferencias de abordaje y de concepciones del mundo y de la vida de trabajadoras y trabajadores sociales, siempre que exista en cada uno de ellas/ellos un horizonte ético capaz de garantizar el acceso efectivo y la democratización de los recursos económicos, políticos, sociales, culturales y simbólicos.

Estas concepciones que se ponen en juego, tanto en el espacio académico como en el terreno cotidiano del ejercicio del trabajo social, involucran diferentes formas de intervenir y distintas formas de conocer. Desde el plano del conocimiento, los esfuerzos están puestos en la clásica preocupación cristalizada en una incesante necesidad en achicar la brecha existente entre teoría (conocimiento) y práctica (realidad). De acuerdo con A. Argumedo (2001; 2004), vivenciamos un momento en el cual el nuevo tipo de conocimiento tiende a quebrar las fronteras disciplinarias y se requieren nuevos referentes transdisciplinarios que posibiliten redefinir las problemáticas particulares de las diversas áreas en su articulación, dentro de totalidades dinámicas. De manera que se torna necesario superar esa *taylorización* que inhabilita la democratización del conocimiento que se evidencia en la forma cómo los distintos campos académicos permanecen cerrados en la producción *taylorista* de sus saberes. Potenciar el recurso del conocimiento, implica ineludiblemente, recuperar el sentido último de la producción científico-tecnológica, esto es, democratizar los saberes e integrarlos a la sociedad. La trayectoria de la universidad pública en Argentina aún tiene un gran potencial de preservación de sus atributos ganados a lo largo de su historia pero son importantes reforzarlos con prácticas concretas volcadas hacia los nuevos movimientos sociales.

En el pensamiento social latinoamericano se ha producido un amplio espectro de formas alternativas de conocer, cuestionándose el carácter colonial, eurocéntrico, norteamericocéntrico, androcéntrico de los saberes sociales sobre la región, así como la idea misma de modernidad como modelo civilizatorio universal. Según M. Montero, a partir de las muchas voces en busca de formas alternativas de conocer que se han venido ensayando en América Latina en las últimas décadas, es posible hablar de la existencia de «un modo de ver el mundo, de interpretarlo y de actuar sobre él», que constituye propiamente una episteme, con la cual «América Latina está ejerciendo su capacidad de ver y hacer desde una perspectiva Otra, colocada al fin en el lugar de Nosotros». Según E. Lander, las ideas centrales de este paradigma que emanan de la teología y de la filosofía de la liberación y de la educación popular, son para M. Montero las siguientes:

- Una concepción de comunidad y de participación así como del saber popular como formas de constitución y a la vez como producto de una *episteme de relación*.

- La idea de *liberación* a través de la praxis, que supone la movilización de la conciencia, y un sentido crítico que lleva a la desnaturalización de las formas canónicas de aprehender-construir-ser en el mundo.

- La *redefinición del rol de investigador social*, el reconocimiento del Otro como Sí Mismo y por lo tanto la del sujeto-objeto de la investigación como actor social y constructor de conocimiento.

- El *carácter histórico*, indeterminado, indefinido, no acabado y *relativo del conocimiento*. La multiplicidad de voces, de mundos de vida, la *pluralidad epistémica*.

- La perspectiva de la *dependencia* y luego, la de la *resistencia*. La tensión

entre minorías y mayorías y los modos alternativos de hacer-conocer.

- La revisión de *métodos*, los aportes y las transformaciones provocadas por ellos (Lander, 2003:27-28).

A lo largo de la historia de la profesión hemos mamado un conocimiento pretendidamente «objetivo», oficializado, académico. Este conocimiento ha venido de la mano de sectores dominantes y de una cultura ajena a la nuestra. Como plantea M. Gallo (2004), retomar el hilo de la historia no implica volver al pasado para quedarse en él, sino actualizar una historia colonizada, liberarla y construir sobre ella. Esto supone asumir que el contexto condensa correlaciones de fuerzas que obedecen a diferentes intereses sociopolíticos y distintas concepciones del mundo y de la vida, y determina, de forma contundente, nuestro accionar⁶. El desempeño profesional y militante del trabajo social se halla en ese entramado de relaciones y, por ser una profesión asalariada e íntimamente ligada a las condiciones materiales de existencia, para alcanzar niveles más igualitarios de distribución de la riqueza socialmente producida, implica situarse en un lugar del terreno de esas correlaciones de fuerzas. Es por esta razón, que el desempeño profesional de trabajadores y trabajadoras es esencialmente político aunque desde la racionalidad de las teorías eurocéntricas y norteamericanocéntricas se pretende atribuir al mismo un estatuto de objetividad y neutralidad valorativa.

Superar la colonialidad de las formas de conocer y de los supuestos epistemológicos suponen, indefectiblemente, superar la colonialidad en los *modus operandi*, es decir, la lógica de intervención del trabajo social. También implica el desafío ineludible de revisar nuestra actitud como docentes: revisar si entablamos una educación dialógica, respetuosa de las diferentes concepciones del mundo y de la vida con relación a nuestros/nuestras estudiantes, o si reproducimos la lógica colonizadora de la enseñanza, imponiendo nuestra visión como la única legítima. Como indica nuestro gran maestro P. Freire (1991:100-101), «los seres humanos se hacen en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión. Mas si decir la palabra verdadera, que es trabajo, que es praxis, es transformar el mundo, decirlo no es privilegio de algunos seres humanos. Precisamente por esto, nadie puede decir la palabra verdadera solo o decirlo para los otros, en un acto de prescripción con el cual quita a los demás el derecho a decirlo. Decir la palabra, referida al mundo que se ha de transformar, implica un encuentro de los seres humanos para esa transformación».

6 «La intervención es inescindible de los siguientes condicionantes: 1- el posicionamiento político que el trabajador social ha adoptado consciente o inconscientemente (y en diferentes grados de consistencia); 2- las relaciones de fuerzas que imperen en la sociedad en un determinado momento histórico donde los proyectos políticos se imponen y logran supremacía en las instituciones estatales y en las sociedad civil; 3- el estudio de la cuestión social y la cuestión cultural; 4- el conocimiento de la organización social empleadora (su lógica política predominante, los focos de resistencia, las relaciones de poder, las estrategias hegemónicas, sus objetivos y su historia); 5- la temática a abordar (su constitución en la historia y los dispositivos y visiones con que se ha actuado sobre la misma); 6- las demandas, expectativas y alternativas expresadas por los *sujetos* y otras organizaciones sociales (aliadas u opositoras) implicadas en nuestro ámbito de intervención» (Gallo, 2004: 256).

Bibliografía

ALONSO, A. «El concepto de sociedad civil en el debate contemporáneo: los contextos» en *Marx Ahora*, N° 2. La Habana, 1996.

ARGUMEDO, A. *Los silencios y las voces en América Latina: Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1993.

ARGUMEDO, A. «El imperio del conocimiento» en Revista *Encrucijadas*, n° 2. UBA. Buenos Aires, 2001.

ARGUMEDO, A. «El recurso estratégico del conocimiento» Buenos Aires, Informe Conicet, 2004.

ARGUMEDO, A. *Los silencios y las voces en América Latina: Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1993.

COLOMBRES, A. *América como civilización emergente*. Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

DALTON, R.; KUECHLER, M.; BÜRKLIN, W. «El reto de los nuevos movimientos» en: DALTON, R.; KUECHLER, M. *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Valencia, Alfons El Magnanim, 1992.

FREIRE, P. *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1991.

GALLO, M. *¿Qué Somos? Historia, política y Trabajo Social en la Argentina*. Rosario, UNR Editora, 2004.

GRAMSCI, A. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires, Lautaro, 1958.

GRAMSCI, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires, Lautaro, 1962.

GRAMSCI, A. *Los intelectuales y la formación de la cultura*. Buenos Aires, Grijalbo, 1982.

IANNI, O. *A sociedade global*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1992.

IANNI, O. *Teorías da globalização*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1999.

Informe del Encuentro Internacional de ATTAC en París en Revista *Sudestada*, N° 3. Rosario, 1999/2000; pp. 22-26.

JAMESON, F. *Pós-Modernismo: A lógica cultural do capitalismo tardío*. San Pablo, Ática, 1996.

JELIN, E. «Los movimientos sociales en la Argentina Contemporánea: Una introducción a su estudio» en: JELIN, E. (Comp.): *Los nuevos movimientos sociales*, Vol. 1. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

JELIN, E. (Comp.): *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.

KUSH, R. *América Profunda*. Buenos Aires, Bonum, 1975.

LANDER, E. «Ciencias Sociales: saberes coloniales y eurocéntricos» en: LANDER, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO/UNESCO, 2003.

LUPORI, O.; SOSA, R. «1968-2004- Argentina en Movimiento: Movimientos Sociales y Profesiones Sociales» en Programa de la Unidad Electiva, Escuela de Trabajo Social, Facultad de Ciencia Política y RR II, Universidad Nacional de Rosario, 2004.

MAFFIA, D. H. «Conocimiento: entre el amor y el poder (o de cómo las mujeres hacemos ciencia)» en: KNECHER, L.; PANAIÁ, M. *La mitad del país: La mujer en la sociedad argentina*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

MELUCCI, A. «Qué hay de nuevo en los movimientos sociales» en: CARAÑA, E.; INFIELD, J. *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994.

MONTERO, M. «Paradigmas, conceptos y relaciones para una nueva era. Cómo pensar las Ciencias Sociales desde América Latina» en *Las ciencias económicas y sociales: reflexiones de fin de siglo*, Seminario, Dirección de Estudios de Posgrado, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 20 de junio de 1998.

SOSA, R. «La desestructuración del mundo del trabajo y el malestar en los umbrales del Siglo XXI: Para una resignificación de los espacios de resistencia» en Revista *Sudestada*, N° 4. Rosario, Otoño-Invierno de 2000.

SOUZA SANTOS, B. (Org.) *A globalização e as Ciências Sociais*. San Pablo, Cortez Editora. 2002.

TARROW, S. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universidad, 1997.

TOSEL, A. «Centralité et non-centralité du travail ou la passion des homes superflus» en: BIDET, J. ; TEXER, J. *La Crise du Travail*. París, 1995.

VAKALOULIS, M. «Antagonismo social y acción colectiva» en Revista *Observatorio Social de América Latina. Perspectivas y realidades*; N° 2. Buenos Aires, septiembre de 2000.

WALLERSTEIN, E. *O capitalismo histórico*. San Pablo, Brasilense, 1995.

WALLERSTEIN, E. «La reestructuración capitalista y el sistema mundo» Conferencia Magistral en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. México. Octubre de 1995.

WALLERSTEIN, E. *Capitalismo histórico y Civilización capitalista*. Rio de Janeiro, Contraponto, 2001.